

Del Franquismo a la Democracia. La Transición Política como tarea colectiva

From Francoism to Democracy: The Political Transition as a Collective Task

Francisco Cobo Romero
Universidad de Granada

¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?

El régimen político autoritario y fascistizado de la dictadura franquista permaneció a lo largo de toda su existencia firmemente sustentado sobre la figura carismática del general Franco. Y esto es debido a que el referido régimen dictatorial se fundó sobre unos pilares de legitimación propios de las dictaduras fascistas del periodo de entreguerras. También se instaló sobre la sacralización de unas estructuras estatales nacidas de un cruento enfrentamiento militar en el que el bando insurgente se proponía la resignificación de la nación en torno a los fundamentos de la tradición católica. Por consiguiente, alrededor del liderazgo carismático del *caudillo*, erigido en el guerrero invicto que resultó finalmente triunfante en la guerra civil, se forjó toda una mentalidad exaltadora del carácter salvífico de la contienda y del principal protagonista del bando vencedor, el general Francisco Franco. Ese conjunto de creencias, profusamen-

te difundido entre la sociedad española, perduró tan sólo ligeramente alterado hasta la muerte del dictador. Así pues, Franco continuó siendo hasta su muerte un líder en alguna medida venerado, respetado y consentido por la mayor parte de los integrantes de una sociedad tremendamente despolitizada como la española de los años sesenta y setenta del pasado siglo XX. Otra cosa es pensar que fue la muerte del dictador el hecho trascendental que desencadenó los procesos históricos conducentes a la edificación del régimen democrático a que dio paso la crisis final del franquismo. Existe un recurrente mito y una arraigada convicción en torno a la fragilidad de las fuerzas políticas opositoras a la dictadura y su incapacidad para derrocarla. Una convicción fundada en el hecho de que esa misma dictadura no sucumbió sino hasta el fallecimiento del dictador. Nada hay de cierto en el fundamento explicativo que sustenta esta «falacia histórica» demasiado persistente. De hecho, cuando el dictador falleció ya hacía mucho tiempo que se habían registrado numerosos movimientos sísmicos de largo alcance que provocaron la profunda remodelación de las estructuras políticas,

culturales, sociales, económicas e incluso internacionales sustentadoras de su particular dictadura, contribuyendo al decisivo debilitamiento de la ya por entonces desgastada arquitectura institucional sobre la que descansaba su poder omnímodo. Como han demostrado los más solventes estudios sobre la fase final del régimen franquista, desde mediados de los años sesenta el avance de la protesta laboral y el fortalecimiento sindical del movimiento obrero se habían unido al resquebrajamiento progresivo de la pretérita unidad de las élites políticas situadas al frente de la maquinaria estatal de la dictadura. De hecho, desde comienzos de los años setenta, el núcleo duro conformado por los servidores más incondicionales de Franco afrontaba el penoso fenómeno de la irreversible ineficacia que aquejaba a los instrumentos represivos dictatoriales a la hora de contener la oleada de descontento social que se abatía sobre extensos sectores de la población española. Podemos afirmar, pues, que cuando Franco muere «en su cama» los soportes esenciales de su régimen se encontraban en un estado de agotamiento e inoperancia tan avanzado que acabaría convirtiéndolos en declaradamente insuficientes cuando no irremediablemente inservibles para evitar el derrumbe de la dictadura que venían sosteniendo.

¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?

El proceso histórico de progresiva descomposición y gradual desgaste de las estructuras institucionales, políticas y culturales que sustentaban el edificio de la

dictadura franquista ha sido satisfactoriamente estudiado a lo largo de las dos últimas décadas. Las decisivas investigaciones provenientes del campo de la sociología política, la historia social y cultural o la politología han desvelado que, como no podía ser de otra manera, el derrumbe final de la dictadura no fue sino el colofón de un largo y lento proceso acumulativo de transformaciones demográficas, sociales, políticas y culturales, de carácter tanto endógeno como exógeno, que acabaron volviendo obsoletos los viejos pilares de sustentación de una dictadura tan longeva como la franquista. A su derrumbe final colaboraron tanto los procesos moleculares de subterránea filtración de valores pro-democráticos entre numerosos y extensos sectores socio-profesionales de la ciudadanía, como el cambio sustancial operado en el entorno europeo y las inaplazables necesidades sentidas por el capitalismo español para deshacerse de la cada vez más limitativa carcasa paralizante en la que se había convertido el edificio institucional del régimen político dictatorial. La labor de derribo que puso fin al régimen franquista fue compartida por numerosísimos colectivos sociales de muy diversa naturaleza. Estudiantes, obreros, empresarios, artistas, abogados, profesionales de la judicatura, actores, campesinos pobres, jornaleros y un sinfín de grupos socio-profesionales enormemente diferenciados participaron, en mayor o menor medida, en el proceso de asunción progresiva e interiorización de unos presupuestos cada vez más próximos a la defensa de estructuras socio-políticas abiertas y democráticas, así como cada vez más contrarios a los valores ideológicos trasnochados y desgastados que continuaban cimentando la dictadura del general Franco. Respecto al papel jugado por la «cuestión nacional» en el proceso democratizador resulta obligado señalar que su aportación, al menos en el



Manifestación de jornaleros en huelga en un pueblo andaluz, 1976-77 (Archivo de la Transición).

caso catalán, resultó indudablemente decisiva para inclinar la balanza del lado de los defensores de la democracia. La solución del problema de la territorialización del Estado español y el reconocimiento del autogobierno a beneficio de determinadas comunidades históricas había quedado finalmente frustrada tras la pronta destrucción del régimen democrático de la Segunda República. En consecuencia, las exigencias en torno a la concesión de una amplia autonomía representativa expresadas por algunas regiones del Estado español dotadas de un acentuado sentimiento identitario, afloraron de manera natural y se intensificaron desde mediados de los años sesenta. En Cataluña, la fórmula de conciliación y cooperación entre los deseos de autogobierno expresados por las organizaciones catalanistas y las ansias democratizadoras de una amplia red de formaciones políticas y sindicales opositoras, dio como resultado la pronta creación de la denominada *Tau-*

la Rodona Democràtica. La referida fórmula permitió la edificación de una eficaz plataforma que agruparía a diversos colectivos sociales y políticos y desempeñaría un papel crucial en la solidificación del proyecto democratizador que debía poner fin a la dictadura franquista. En otras regiones históricas los colectivos opuestos a la dictadura lograron avances decisivos mediante la configuración de interpretaciones y relatos cargados de agravio que vinculaban estrechamente la conquista de la democracia con el justo reconocimiento de las particularidades identitarias, culturales y emocionales de sus respectivos territorios. Esto último aconteció, por ejemplo, en territorios con una destacada identidad nacionalista o regionalista como el País Vasco, Galicia, Andalucía o el País Valenciano. Junto a todo ello, el papel de la movilización de los trabajadores asalariados de los grandes núcleos industrializados resultó decisivo para propagar entre vastos conjuntos de las

clases populares toda una gama de valores y actitudes crecientemente comprometidas con la defensa de la democracia. Pero también desde el mundo rural emergieron fuertes corrientes de protesta que terminaron impregnando de valores aperturistas y pro-democráticos a un conjunto nada despreciable de la población española, y de manera particular a la relacionada con el desempeño de las actividades agrícolas. Esta decisiva circunstancia ha sido injustamente preterida y escasamente estudiada.

¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?

Resulta difícil dar cumplida respuesta a esta interesante cuestión. De antemano, es preciso señalar que, en la historia de la humanidad, nada está previamente establecido. Es decir, los procesos de cambio y los grandes ciclos de transformación discurren frecuentemente interferidos por un denso conjunto de factores imprevistos que sobrevienen en el instante mismo en que actúan los agentes sociales que conducen y lideran dichos procesos, impidiendo a sus protagonistas que puedan vislumbrar de manera enteramente objetiva los itinerarios previamente diseñados y conminándolos a trazar los senderos por los que discurre su acción de manera precipitada e incluso improvisada. No obstante, debemos asimismo huir de las interpretaciones enteramente accidentalistas a la hora de analizar los grandes procesos históricos de cambio. La transición política a la democracia española fue uno de esos grandes procesos de cambio histórico que jalonan la convulsa historia del siglo XX en España y, por consiguiente, el camino por el que discurrió, trazado por las principales elites

políticas que lo diseñaron, no estuvo exento de las elevadas dosis de improvisación y desorientación que en todo momento lo acompañaron. Pese a todo ello, conviene señalar que las vías hacia la profunda remodelación del régimen dictatorial, e incluso aquellas que apostaban por la transformación integral de la dictadura y su conversión en un régimen político abierto, libre y democrático, ya estaban siendo diseñadas desde, al menos, el comienzo de la década de los sesenta. Como anunciaban los informes sociológicos difundidos hacia fines de esa misma década y en los comienzos de la de los setenta, los deseos de cambio y las esperanzas depositadas sobre el alumbramiento de un nuevo régimen político de libertades públicas se convirtieron en los decisivos componentes que terminaron configurando las actitudes políticas compartidas por extensos colectivos de la población española. A todo ello hay que añadir el elemento profundamente transformador y pro-democrático de un movimiento sindical izquierdista cada vez más poderoso, que arraigó entre extensos colectivos de la población asalariada de las grandes áreas industrializadas enfrentándose a las arcaicas estructuras de representación sindical oficializadas por la dictadura. Desde la perspectiva del entramado de intereses geopolíticos sobre los que descansaba el espacio de influencia internacional en el que la dictadura franquista se desenvolvía cabe señalar que las principales potencias democráticas occidentales comenzaron a sugerir, poco antes de la muerte de Franco, una solución al grave problema de la crisis final del franquismo instalada sobre la negociación y el acuerdo que deberían suscribir las elites dirigentes franquistas con las fuerzas políticas opositoras. Como han demostrado los más solventes estudios que analizan el contexto diplomático e internacional en el que se desplegó la transición

española a la democracia, los Estados Unidos venían reclamando para España, desde los inicios del año 1975, la adopción de una solución tíbiamente democratizadora, a fin de impedir que la propia resistencia numantina de un régimen dictatorial herido de muerte terminase radicalizando a las izquierdas revolucionarias y provocase una salida a la dictadura de consecuencias indeseadas e impredecibles.

¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?

Comenzaré señalando que, a mi juicio, no existe una memoria conformada, homogéneamente modelada e institucionalizada en torno a los episodios históricos determinantes que hicieron posible, tras el desmantelamiento de la dictadura, la llegada de la democracia a nuestro país. La interminable prolongación de un régimen dictatorial tremendamente represivo y autoritario, unida a la persistencia en nuestro país, casi hasta nuestros días, de una derecha política cerril, intransigente e incapacitada para admitir el protagonismo de los colectivos impulsores del cambio político y social que hicieron posible la llegada de la democracia, se han conjugado para impedir que, hoy en día, disfrutemos de un relato unánime y sólidamente construido sobre el referido proceso histórico. Esto mismo ha provocado que todavía continuemos huérfanos de una narrativa mayoritariamente compartida que nos devuelva una satisfactoria explicación, edificada sobre una contemplación serena y objetiva del pasado, sobre los factores propiciatorios del cambio político y sus protagonistas. Por consiguiente, aún carecemos de una sólida herramienta interpretativa que permita a las generaciones futuras valorar, en sus justos términos, el

papel jugado por la sociedad española en el dificultoso proceso de edificación de un régimen político instalado sobre el entendimiento pacífico entre posturas políticas contrapuestas y la libre participación de la ciudadanía en las tareas de gestión política del Estado. Nos asomamos, pues, a un panorama en el que confluyen distintas memorias sobre el proceso histórico de edificación de la democracia en España que compiten entre sí, disolviendo toda posibilidad de edificación de una explicación consensuada o tornando inservibles a todas las existentes. Las izquierdas históricas que lideraron el pacto con las elites franquistas para poner fin a la dictadura, y de manera particular las vinculadas al Partido Socialista, contribuyeron a exaltar los componentes de transacción y olvido del pasado significado por la guerra civil y el franquismo que, a su juicio, servían de manera más eficiente a la forja de los ejes vertebradores del proceso de cambio político iniciado a partir de 1977. En la mentalidad de la mayoría de los españoles perdura una visión del diseño de la transición política que prioriza sesgadamente los esfuerzos de negociación y el espíritu de consenso que impregnó las agendas de los principales actores responsabilizados de la traída de la democracia. Además, se ha acuñado una visión arquetípica de las circunstancias que hicieron posible el enterramiento de la dictadura y el cambio político que coloca en un lugar preeminente al denominado «espíritu de la transición», subrayando de manera laudatoria y encomiástica las estrategias del pacto y la negociación como si se tratase de las únicas y principales herramientas utilizadas por los actores públicos que hicieron posible el alumbramiento de la democracia. Algunas fuerzas de la extrema izquierda recientemente aparecidas en el panorama político español han denunciado la naturaleza truncada, parcialmente

abortada e inconclusa del proceso de transición democrática, forjando el concepto de «régimen del 78» para denunciar el carácter elitista, oligárquico y escasamente democratizador que impregnó el pacto entre las minorías negociadoras que abrió el camino a la redacción de la actual Constitución y a la consiguiente edificación de un sistema político supuestamente incapacitado para albergar una auténtica democracia participativa. Nada de todo lo anterior ha contribuido, pues, a la solidificación, tremendamente necesaria, de un relato unificado, comprensivo y objetivamente trazado, que nos permita situar a cada uno de los principales actores del proceso democratizador en el lugar histórico que realmente le corresponde.

¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?

Debo contestar afirmativamente, con rotundidad, a la formulación de esta pregunta. Los contenidos curriculares referidos al estudio de la reciente Historia de España, albergados en los textos escolares empleados en el Bachillerato, todavía adolecen de la circunstancia de ser portadores de relatos relativamente desfigurados. Esto ocurre de manera particularizada con aquellos contenidos curriculares que hacen referencia a periodos trágicos o traumáticos sufridos por la sociedad española durante el siglo XX o a episodios y periodos que aún carecen de una narrativa explicativa desideologizada, despolitizada y férreamente sustentada sobre una interpretación objetiva de los hechos históricos que los modelaron. Aún hoy, de acuerdo con el análisis llevado a cabo por especialistas en pedagogía, y por aludir tan sólo a un ejemplo, prevalecen en los libros de texto empleados en la enseñanza secundaria explicaciones sobre

la represión franquista que, o bien la desligan de su auténtico propósito: el aniquilamiento de los considerados enemigos de la España católica y tradicional; o bien la exploran de manera simplista, eludiendo la disección de sus múltiples rostros. Algo parecido continúa ocurriendo con el relato hegemónico y predominante en torno a la transición política a la democracia, parcialmente reflejado en el tratamiento otorgado a la misma por la mayoría de los libros escolares utilizados en el Bachillerato. Dichos textos escolares continúan ofreciendo una visión sobre el proceso democratizador excesivamente focalizada en la acción desplegada desde las altas instancias del Estado, como si se tratase únicamente de una obra de ingeniería político-social que descansa en solitario sobre el pacto signado entre las elites del franquismo más aperturistas y los principales responsables de las fuerzas de la oposición política a la dictadura. Debería, pues, desplegarse un intenso esfuerzo por forjar un relato sobre la transición española a la democracia que la presentase como un complejo proceso histórico, que hunde sus raíces más profundas en los procesos de cambio y modernización experimentados por la sociedad española desde los comienzos de la década de los sesenta y que fueron impulsados por poderosos movimientos sociales y colectivos, de muy diversa naturaleza, comprometidos con el aniquilamiento de la dictadura y la implantación de un nuevo régimen político de naturaleza enteramente abierta, libre, democrática y justa. De esta manera, se prestaría un preciado servicio a la labor de concienciación de las generaciones más jóvenes en torno al valor intrínseco de la democracia, mostrándola como una valiosísima y laboriosa conquista histórica derivada de un ingente esfuerzo colectivo en pos del progreso, la justicia social, la igualdad y el respeto a la diversidad de las múltiples voces que la sustentan.